

Masacre en la UCA

■ La matanza de jesuitas en El Salvador, 21 años después



**Cipriano Díaz
Marcos**

Director de la Fundación Hogar
de San José

Quiero unir mi voz a la de las mujeres y los hombres que ofrecen su cuerpo para dar forma humana a los invisibles y su mente para idear lo nuevo... Ellos han recibido ya su medalla ante la asamblea de los ángeles, y todavía me gritan y me sangran en el corazón.

(Catalina Montes, hermana del jesuita Segundo Montes, asesinado en El Salvador)

Seis jesuitas y dos mujeres fueron asesinados en el campus de la universidad de Centroamérica hace ahora veintitún años. Ellos eran hombres conocidos en los ámbitos académicos e intelectuales; ellas se hicieron símbolo de millones de gentes que han muerto y mueren de forma anónima en Irak, Palestina, Congo o Afganistán. Cinco habían nacido en nuestro país, pero todos se sentían profundamente salvadoreños. Por El Salvador entregaron sus vidas y a El Salvador le ofrecieron su muerte.

Muchas cosas han pasado en el mundo y en la Iglesia desde entonces. Lamentablemente, pocas noticias buenas para los pobres, que sólo se hacen presentes en nuestras televisiones o en la cabecera de los diarios por su pobreza o por el azote de alguna catástrofe que debilita aún más su indefensión. Apenas hay huella en las hemerotecas de su resistencia y esperanza. Por eso, el recuerdo de nuestros mártires pone rostro y voz a ese vacío un año más. No es la nostalgia lo que nos lleva de nuevo hasta ellos, sino la pasión por el pueblo y su sacrificio colectivo.

Ante su fuerza y esperanza también decimos hoy en plural lo que Pablo escribía en su epístola con tanta ternura a Timoteo: «Quiero acordarme de vuestras lágrimas, de la fe que tuvís-

teis, de la fe que arraigó por vosotros en tantos de nosotros, de vuestro espíritu de fortaleza, de amor, de coraje que nos hace soportar los sufrimientos de ahora». Como Timoteo, aquellas gentes muertas por el pueblo pobre de Centroamérica siguen siendo memoria de un enorme depósito de promesa y de dulzura. Con vuestra fe seguís anunciando la vida.

No es demagogia decir que el «orden» de los grandes de la tierra no hace más que acumular desorden. Es constatar lo que hay. Porque los pobres de cada día siguen sufriendo y muriendo, en buena parte, por la desidia, la corrupción, la ambición desmedida y las políticas que encaran las crisis económicas y sociales rescatando a los fuertes y fragilizando aún más a los débiles. Un abismo de desigualdad planetaria que ensancha sus espacios. En cambio, el «orden» del discipulado martirial de Jesús se hace servicio y corre ante nuestros ojos el velo de la ignorancia para que veamos la pobreza como radiografía de nuestra opulencia y nos dejemos sorprender, a pesar de todo, por la presencia de Dios en la resistencia de aquellos pueblos y en la alegría de sus niños. ¡Atrévete a mirar!

Mártires los ha habido siempre, de toda raza y credo. Son los testigos que prestaron su cuerpo para dar forma humana a los invisibles y sus mentes para producir humanidad. De entre todos ellos, cada otoño, recordamos a Julia Elba y su hija y a este puñado de jesuitas que siguen abonando nuestro suelo como un manto hermosísimo de hojas caídas. Sus rostros y sus nombres vuelven a nosotros el 16 de noviembre para indicarnos el camino y poder dedicarnos por entero a él.

En ellos y desde ellos Dios se prolonga en el tiempo y desciende para que nuestra libertad se abraza a las «fronteras». Esos «lugares de conflicto y tensión que ponen en peligro nuestra reputación, tranquilidad y seguridad, pero donde hacer creíble el anuncio de Jesús encarnado», como recordaba el General de la Compañía de Jesús.